

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA * Año XXI * 1944 - 1945

DISCURSO

LEÍDO POR EL JEFE DEL FRENTE DE JUVENTUDES DEL DISTRITO UNIVERSITARIO

CAMARADA

RAFAEL CEREZO ENRIQUEZ

EN LA SOLEMNE APERTURA
DEL CURSO ACADEMICO 1944-1945



VALENCIA - 1944

IMPRESA HIJO DE F. VIVES MORA

HERNÁN CORTÉS, 8

EXCMO. SR. MINISTRO DE EDUCACIÓN NACIONAL;
EXCMOS. SEÑORES;
CAMARADA JEFE PROVINCIAL;
CAMARADAS:

EL Sindicato Español Universitario vuelve a hacer oír su voz en este Paráninfo, desde el que, en su nombre y en el de la Falange, he expuesto en años anteriores las consignas del mando y bosquejado la tarea a realizar en cada jalón de la vida universitaria que es la apertura de un curso académico.

Hoy tengo el honor y la satisfacción profunda de anunciaros que nuestras esperanzas, anunciadas por mí, desde este mismo sitio en octubre pasado, han sido, no realizadas sino literalmente desbordadas, por las realidades que se han logrado en un corto espacio de tiempo. Tenemos derecho a hablar del futuro porque nos garantiza nuestro pasado y nuestro presente; pero no podemos de ninguna manera sentirnos satisfechos, porque a la satisfacción sólo se llega por la

plena posesión, por el término absoluto de una empresa, y como vosotros sabéis muy bien, camaradas, nuestra empresa no tiene límite y nuestro descanso sólo llegará con la muerte.

El comentar y glosar ahora las conquistas que para la Universidad, para la juventud y en último término para España, acaban de ser logradas, no ha de ser a título de vanagloria, sino una especie de cuenta rendida a los que ya descansan, y también a los que ponéis cada día vuestro esfuerzo en esta magna tarea.

La palabra «revolución», a fuerza de ser usada, las más de las veces extemporáneamente, se ha convertido en un tópico, adquiriendo ese aspecto melancólico de los trajes abrillantados por el roce. Revolución significa ya para muchos, algarada, barullo y efusión de sangre y cuando la Falange se proclama honda y abiertamente revolucionaria, no faltan quienes la supongan añorante de guerras civiles.

El caminar entre dos concepciones incompletas, errores al fin, suele ser el método más adecuado para sufrir el mal humor de ambos lados; por tal razón, sobre la Falange han caído desde su fundación los denuestos de derechas e izquierdas, a quienes molestaba en grado sumo la presencia de un tercero —voz clara y anhelo sincero— hablando de cosas serias entre el vocerío atiplado de sus insulsas comedias.

La Falange pensó una revolución, una reforma, una modificación profunda en el orden establecido.

Jamás deseó la revolución en el sentido desviado de esta palabra. Para lograr la reforma había que verter sangre y la vertió sin inmutarse, sin provocación y sin renuncia. Hubo que manejar primero los fusiles para manejar después las leyes que constituyen el verdadero edificio de la Revolución. Así, pues, camaradas, nadie se llame a engaño, proclamamos siempre revolucionarios, y si alguien se escandaliza, pensad que allí hay un enemigo encubierto, porque su escándalo es hipócrita.

Cualquier espectador que con un criterio nada más que medianamente sensato haya observado la obra de nuestra revolución en el seno de la juventud española, habrá descubierto la veracidad de nuestras afirmaciones sobre el punto de convergencia de todos nuestros afanes: España. Ya lo he dicho muchas veces y no me canso de repetir, que este apasionamiento por la Patria no significa una estatolatría pagana, ni un refugio en que albergar la fragilidad de unas ideas, sino que parte de nuestra idea de quehacer colectivo en la historia y destino individual de salvación o condenación; de forma que cuanto hagamos en revolucionario habrá de girar alrededor del concepto supremo de España, si queremos llegar a algo verdaderamente natural, auténtico y justo.

Ved, camaradas, ante todo, cómo la política del Estado Nationalsindicalista es fundamentalmente una política de unidad que es sinónimo de vida, mientras que la desunión conduce a la muerte. Francisco

Franco ha emprendido como tarea previa e inaplazable de todo futuro operar, la de construir la unidad espiritual de España, y así como Isabel y Fernando fundieron los bloques que tenían reservada por la Providencia una tarea común en un solo reino; así nuestro Caudillo, al que seguimos ciegamente, va forjando la unidad que deshicieron unos gérmenes importados del extranjero por el snob cientifista y el mal llamado europeísmo.

La unificación que los marxistas propugnan alrededor del concepto de proletario es completamente infundada. Ha de serlo forzosamente, porque tal condición, la de proletario, es un mero accidente en la vida del hombre, una mera circunstancia de la que puede pasarse mediante inteligencia y trabajo. Nuestra unificación, realizada alrededor de los valores hispánicos eternos e inmutables, la invocación a los hermanos españoles para que aprieten sus filas, está tan plétórica de sentido como vacía lo está la dirigida a los hermanos proletarios para defender mediante el odio y la violencia unos intereses que no sólo no tienen nada de común, sino que en infinidad de casos chocan entre sí, produciendo sangrientas convulsiones sociales.

La unidad de la juventud española, decretada por esa misma juventud en un ofrecimiento a la Patria en aquella memorable sesión del VI Consejo Nacional del S. E. U., comienza a dar sus frutos. Ya los jóvenes universitarios de la Falange, a cuya juventud ha encomendado el Caudillo con palabra emocionada la

parte más espinosa de la tarea común, ocupan el puesto de capitán por el que lucharon sin descanso durante una década, y los efectos de tal caudillaje comienzan a producir resultados. Las Falanges Juveniles de Franco se extienden y multiplican con esa prodigiosa rapidez con que sólo les es dado hacerlo a las obras bendecidas por Dios, y el aliento de la Falange llega en trazo vertical a través de sus escuadristas, desde estas aulas, como punto más elevado de la cultura nacional, hasta la reunión familiar del hogar rural, o la casa del obrero fabril, como una esperanza, en muchos casos realidad, de justicia llegada por los entrañables caminos de la paz.

Hay dos cualidades que dan carácter personal y definen a la juventud en lo político, a saber: un tono alegre y una inquebrantable adhesión a los ideales en que pone su fe. Por esta razón han especulado siempre con ella los logreros de la política, consiguiéndose una magnífica fuerza de choque en cuanto se procurasen mediante engaños el apoyo de un sector juvenil. Y por eso, para evitar que la política de partido fuese introducida de contrabando en la Universidad y luego en toda la juventud, nos hemos apresurado a entronizar en la misma, con todas las prerrogativas, nuestro concepto cristiano, occidental y a la par revolucionario de la vida, que cierra el paso a cualquier intento de fracción, fatal en un organismo universitario, preparado a propósito para una introducción fraudulenta de partidismo por los mismos que manifestaban su hipócrita apoliticismo.

Cuando reflejado desde los Urales llegó a España el estrépito del aldabonazo dado en el mundo de las ideas por el viejo israelita Carlos Marx, la Universidad captó como un sismógrafo la enorme sacudida que acababan de sufrir los resquebrajados estratos de la sociedad en vigor y presagió la catástrofe que iba a sufrir la estructuración social vigente. La Universidad presagió el advenimiento de algo nuevo, algo que traía rumor de consignas que hablaban de reparaciones sociales junto a una enérgica y militar concepción de la vida. Ante este fenómeno la Universidad reaccionó con un afán analítico, examinando la nueva doctrina con la misma inteligente atención y precavida meticulosidad del químico que opera con venenos fulminantes. Porque la nueva idea como todo lo terriblemente eficaz, infundía ese respeto desconfiado que producen los explosivos.

Una parte de los universitarios no tardó en dar por terminado su examen y se alistó irreflexivamente en las filas de los partidos marxistas. Debe entenderse que al hablar de los universitarios que creyeron en la idea más o menos disfrazada del bolchevismo, me refiero únicamente a la gente de buena fe capaz de sentir inquietudes políticas puras, dejando a un lado la fauna ingente de los *snobs* y de los que miran la política con fines más o menos financieros y lucrativos.

La política española, entonces fiel reflejo de la europea, cambiaba de postura con inquietud de fiebre, sin que al apoyarse alternativamente sobre la derecha o izquierda notase a la larga un alivio nota-

ble o un malestar. Entonces se pensó en la posición vertical y se recurrió al marxismo, olvidando que su verticalidad es congestiva y falsa, por colocar los pies —materia— en lugar habitual de la cabeza —espíritu—. No tardó la Universidad en descubrir el engaño que ocultaban las doctrinas marxistas, y haciendo sonar el timbre de alarma de sus protestas advirtió al país el peligro de envenenamiento que corría y acudió presurosa a la llamada que unos hombres salidos de sus aulas lanzaban, construyendo frente a la teoría lisa, uniforme y caótica del marxismo, la idea justa y estética de la Revolución Nacional.

Cualquier español que ahora busque en la Universidad el medio de servir a la gran familia española, que en última instancia es el servicio de Dios, encontrará en ella medios de investigar o de dedicarse a la ciencia aplicada; encontrará una disciplina orgánica mediante la que hacer oír su voz cuando la justicia de su petición le haga acreedor a ello; encontrará auxilios económicos que garanticen su vocación contra el injusto patrón de las posiciones económicas; encontrará Colegios Mayores donde complementar la tarea diaria de las aulas en un completo ambiente de españolismo y camaradería; encontrará campamentos donde complementar al aire libre su desarrollo físico y su formación política; encontrará una milicia universitaria a la que vincularse mediante el cumplimiento de sus deberes militares; y, en una palabra, encontrará la vieja Universidad española, que desde Salamanca y Alcalá formó la vanguardia

del pensamiento universal, actualizada, o lo que es lo mismo, regida por unos hombres que se sirven de la tradición para realizar una revolución, porque su tradicionalismo consiste, no en retrotraerse al pasado para vivir de él, sino en colocarse en el momento actual para ver lo que en él harían aquellas figuras que condujeron a España por las rutas del Imperio.

Es necesario también que la Universidad se vuelque en todos los órdenes a la vida nacional, porque no basta que al terminar la licenciatura salgan de estas aulas excelentes profesionales, perfectos política y moralmente, sino que es preciso que durante la época escolar, la más pura y vehemente de cuantas componen la vida del universitario joven, se vuelque también al exterior la labor de este conjunto de maestros y estudiosos al servicio de España, en que entendemos la Universidad, y hace falta que ésta deje oír sus ideas —como decía Unamuno— «no desafinando para hacerse oír, sino reforzando con su voz debidamente disciplinada, la hermosa sinfonía genuinamente nacional y católica».

Tendemos a la estructuración del país agrupando a los españoles en las organizaciones naturales de familia, Municipio y Sindicato, estructuración orgánica que hará llegar a las cimas del Estado la opinión de todos los españoles, limitada a aquello en que entienden, superando así las fórmulas, liberal del sufragio universal y marxista, de la dictadura proletaria. Mediante esto llegaremos a yugular terminantemente la lucha de clases, cuyos atisbos son ya muy débiles, y

bien sabe Dios que la calle y la trinchera durante la guerra y la acción en todos los quehaceres de la paz, han sido testigos de nuestros titánicos esfuerzos en pro de una obra que tuvo su comienzo en el teatro de la Comedia y sólo tendrá su fin —no es tópico, camaradas— en la guardia sobre los luceros.

Esa es nuestra posición, fanática y apasionada. Nuestras razones son de tal índole, que sólo por estulticia, egoísmo o cobardía, es posible dejar de entenderlas, y nadie podrá acusarnos de excesivamente belicistas si, contra la estulticia, la cobardía y el egoísmo, vengan de donde vinieren, arremetemos con todas las armas.

Tenemos una Universidad nueva, la hemos ganado a pulso con la sangre y la juventud entregada sin tasa al sacrificio, y es necesario que ahora, cueste lo que cueste, mantengamos este estado de cosas en el ámbito universitario y llevemos a la práctica los proyectos que aun no han pasado de tales. Nuestros esfuerzos tienden a acabar con los sufrimientos de esos a quienes los magnates del bolchevismo llamaron parias de la tierra, y a quienes nosotros, porque les amamos como nuestros hermanos españoles que son, hemos detenido la mano que, enloquecida, comenzaba el ademán del suicida. Con ellos está nuestra simpatía y por ellos, y siempre para España, vertimos nuestra sangre, aun luchando contra quien amábamos y por quien en último término combatíamos.

Un nuevo curso comienza, y en su día inicial se reúnen en el Paraninfo de nuestra Universidad tres

grandes figuras de nuestra revolución. El anónimo de los servicios prestados a la Falange no les va a librar de que yo les señale, no para vanagloria de nadie, sino como ejemplo vivo para todos y como prueba de la confianza que podéis tener, no ya por fe, sino por demostración evidente, en los hombres que rigen los destinos de nuestra política y nuestra Universidad; ellos son el Magnífico y excelentísimo Rector de la Universidad de Valencia, que también nos entiende y merced a cuyo esfuerzo constante afluyen a esta casa en toda su perfección las consignas del mando.

Nuestro Jefe Provincial, cuyo empuje juvenil de hombre de primera línea nos comunica el entusiasmo, no ya del Jefe, sino lo que es más difícil, del camarada cuya camisa comparte los riesgos del último escuadrista y cuya vida ha sido entregada en voto silencioso y sobrio a la Causa que profesamos.

Y por último, el Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, que ha sido el realizador de la reforma que para el cumplimiento de su gran misión ha efectuado la Universidad, renovando sus antiguas glorias y actuando en ella con todo el hondo sentir de nuestro Movimiento.

El camino está trazado; mi consigna en estos momentos es la de siempre, la que por sí sola bastaría, si no sobrasen otras razones, para justificar nuestra obstinación en la gran empresa revolucionaria que hemos emprendido: ¡José Antonio está presente!

Por Franco, ¡¡Arriba España!!